

se de otra cosa. Se miraba al espectacular astro por las noches y se hablaba del fenómeno celeste durante el día. Algunas noches se divisaba a través de los celajes nubosos que ocultaban por completo las restantes estrellas. Quienes gozaban de aguda vista lo alcanzaban a ver a mediodía. Tenía color blanco argénteo, no rosado o dorado o plúmbeo, como los cometas, y se apreciaba con claridad un centelleo o titilación.

Pasaban las noches y allí seguía aquel astro insólito, superbrillante, inmóvil, siempre a la misma distancia de las estrellas restantes de Casiopea, a quince grados de arco del polo ártico o cenit.

Empezarían a desatarse las inevitables supersticiones y terrores colectivos. Algún exaltado acudiría a los textos sobre señales apocalípticas, mientras que algún enterado traería la información de lo ocurrido en París, capital de la Francia, la noche del 24 de agosto anterior, menos de tres meses antes: la matanza de San Bartolomé. La estrella sería así un signo fatídico, anuncio de sangre derramada, quizá vaticinio de mayores y monstruosas desgracias...

Largas e interesantes notas del acontecimiento astronómico tomaría SABUCO, un hombre culto y maduro (unos 46 años, según la cronología del profesor HENARES). Las tertulias y discusiones de lo que se ha llamado el círculo cultural de Alcaraz (Pedro SIMON ABRIL, el doctor HEREDIA, los bachilleres GUTIERREZ y SABUCO) alcanzarían alturas científicas, se entablaría correspondencia con amigos y corresponsales de otros lugares (Chinchilla, Alcalá de Henares, Toledo, Valencia, Salamanca, Baeza...).

Y cuando llegaron las cartas de respuesta, en el mes de diciembre se empezó a observar una disminución en la intensidad del brillo del astro misterioso. Ya no brillaba más que Venus, se igualaba con Júpiter. El año 1573, llegado bajo el arcano de la señal celeste, ofreció una constante disminución del brillo; en mayo era como de segunda magnitud, y a mediados era igualado por las compañeras de Casiopea.

En unos meses más, en marzo de 1574, desapareció de la vista de los humanos, al disminuir de la sexta magnitud.

Pero quedó su imagen en el recuerdo de todos. Fue algo inolvidable, algo que entró en el reino de los prodigios vistos (17).

SABUCO pensó durante años en el fenómeno astronómico, del que fue testigo en las noches alcaraceñas de 1572-73, algo digno de anotar cuando al exponer su filosofía de la naturaleza, extiende hasta el firmamento de las estrellas el intercambio de influencias recíprocas de los elementos simples, en este caso del fuego.

¿COMETA O ESTRELLA?

Tiene mucha importancia, según el estado de los conocimientos científicos del momento, la mención simultánea de "cometa" o de "estrella". Para com-

(17) DELAMBRE, *Histoire de l'Astronomie moderne* (París, 1821); t. I, pp. 185-207.